

Todo para tí lo pido,  
Aunque insensible me olvidas.  
¿Y no han de ablandarse nunca  
Y corresponderme finas  
Esas entrañas de madre  
En que yo fui concebida?

*Los niños*, es tambien otra poesía de un género sumamente sencillo y delicado: el corazón del poeta se exhala en ternísimos versos, como la flor de la mañana en suavísimos aromas.

## LOS NIÑOS.

El amor entrañable  
Que tienes á los niños,  
Aunque no lo dijeras,  
Se conoce, Dios mio.  
¿De dónde ha de venirles  
Sino de tí el hechizo  
Con que del mundo entero  
Se roban el cariño?  
Derramas en sus frentes  
El prodigioso río  
De tu gracia divina  
En el santo bautismo.  
Les envías un ángel  
Que es un primer amigo  
Para que haga las veces  
De tu amor infinito.  
Y el hombre mas adusto  
Sonríese festivo  
Y respira dulzura  
Cuando se acerca á un niño.  
Nadie me lo ha contado  
Pues mil veces lo he visto

Sin ir léjos: la prueba  
La tengo yo en mí mismo.  
Señor, ¿por qué negarlo?  
Soy seco y desabrido,  
Tanto que á muchas gentes  
Con mi insulsez fastidio.

¡Sin embargo en mi pecho  
Cuánto amor á los niños  
Encendiste y fomentas  
Con tu soplo divino!

No hay en el mundo nada  
Tan amable y tan lindo,  
Tan gracioso y tan dulce  
Como un tierno niño.

Por eso nos pintaban  
En los tiempos antiguos  
Al amor los poetas  
En figura de niño.

Y á los ángeles ponen  
Aun hoy por eso mismo  
Pintores y poetas  
En forma de unos niños.

Y á ellos mismos les damos  
El nombre de angelitos;  
Lo son por la inocencia  
De que los has vestido.

Ni la mujer conoce  
El que abriga escondido  
Tesoro de ternura  
Hasta que tiene un niño:

Entonces se descubre  
En el gran regocijo  
Que le causa la vista  
De su recién nacido;

Los dolores del parto  
Y su mortal peligro,  
Entonces los bendice

Y los echa en olvido.

Tú, Señor, tú le has dado  
Ese anhelo tan vivo  
De consagrarse entera  
Al bienestar del niño.

Tú haces hervir su pecho  
En néctar exquisito,  
Que dulcemente fluya  
A la boca del niño:

Néctar del todo ajeno  
Al humano artificio  
Que vivifica y nutre  
Y acalla el ay del niño.

El grande Sacramento  
Que santo al amor hizo  
Lo instituiste sabio  
Para bien de los niños.

¡Ellos son la corona  
De los esposos finos!  
¡Ellos el dulce blanco  
De sus tiernos suspiros!

¡Ay! los tristes casados  
Que carecen de niños  
Sienten dentro del alma  
Un inmenso vacío.

¡Ay! si teme la esposa  
El furor del marido,  
¡Cuánto, cuánto le duele  
El no tener un niño!

¡Ay! ve que otras dichosas  
El varonil rugido  
Acallan, colocando  
Entre los dos al niño!

Hasta la misma muerte  
Se envidia al infantilto,  
Pues volar á tu seno  
Es la muerte del niño.

¡Oh Dios, si yo pudiera  
Por medio de un prodigio  
Aunque es cosa inaudita  
Volverme otra vez niño!

Mas lo que yo no puedo  
Tú lo hiciste, Dios mio,  
Por robarnos el alma  
Con las gracias de niño.

¿Dónde hay mayor delicia  
Que verte pequenito  
En brazos de tu Madre,  
Oh gracioso Dios niño?

Posteriormente ha publicado el Sr. de Berriozabal varias composiciones sueltas en prosa y en verso, todas de poca extension, y relativas á objetos religiosos. Despues de haber tributado al distinguido escritor los elogios merecidos, justo es que nos detengamos un momento en examinar, si la direccion que ha dado últimamente á sus talentos poéticos es la mas acertada para llenar las esperanzas que en sus primeros años hiciera concebir. Desde luego conveniremos en que jamás se emplea mejor la poesia, jamás versa sobre objetos mas propios, que cuando se ocupa en asuntos de religion. La poesia, así como la música y la pintura, nació en los templos, y para los templos debe reservar sus acentos mas bellos y sublimes. Así es que aplaudimos que el Sr. de Berriozabal dedique su talento poético y su extremada facilidad de versificar á los asuntos de religion y piedad, desafiando con santa osadía la sonrisa del incrédulo. Sin embargo, opinamos que sin dejar de ocuparse en tan dignos objetos, antes al contrario, al mismo tiempo que se ocupase en ellos, podria hacer en el género y estilo de sus trabajos algunas modificaciones, con las que tal vez con mas rapidez y derechura, podria llegar al mismo fin que se propone, que es: contribuir al triunfo de la religion, y á la propagacion del espíritu de piedad. Por un conjunto de causas que seria inoportuno enume-

rar, hay en este siglo un hecho que se podrá calificar de distintas maneras, pero que es imposible desconocer; hablamos de cierta tibieza, de cierta indiferencia, de cierto sabor filosófico, que se encuentra aun en muchas personas que profesan sinceramente las creencias religiosas. La atmósfera en que vivimos nos contagia de tal suerte, que se pegan sin advertirlo muchos de los males de que ella está impregnada; y así es que al mismo tiempo que ciertos hombres rechazan la impiedad, y no quieren de ninguna manera abandonar la fe de sus padres, son sin embargo tan flacos cuando se trata de hacer frente á la incredulidad, que ni aun se atreven á manifestar su fe, sino revisitiéndola con el manto de las convicciones filosóficas. Esto ha producido, que las discusiones religiosas no sean aceptables á muchas personas, si no llevan un carácter eminentemente filosófico, y que ponga á las buenas doctrinas al abrigo de los tiros de la impiedad, suministrando armas para que la filosofía pueda á su vez ser rechazada con otra filosofía. Esto será un mal tan grave como se quiera, pero es un hecho positivo, evidente, palpable, y del que conviene no desentenderse, cuando se escribe en defensa de la religion.

Claro es que si tal sucede en las graves discusiones religiosas, mucho mas se habrá de verificar en la literatura; la cual dirigiéndose en buena parte á la fantasia y al corazon, puede prescindir mucho menos de la disposicion en que se hallan así aquella como este, por la influencia del espíritu del siglo. Dejamos aparte las obras que sean propiamente de piedad, en las que es preciso andar con sumo tiento aun cuando se trate de las innovaciones mas pequeñas; pues que estas no se comprenden comunmente bajo el nombre de *literarias*, ya que pertenecen á un órden superior, y merecen dictados mas graves y augustos. Pero las obras que sean propiamente de literatura religiosa, no alcanzarán en este siglo mucha nombradía, ni podrán ejercer grande influencia en los espíritus, si no llevan ese barniz filosófico de que hemos hablado; si el es-

critor no muestra á menudo que conoce y siente profundamente el siglo en que vive. Ese conocimiento y ese sentimiento sean en hora buena para reprobar y condenar, pero es preciso que existan, es necesario que resalten en todas las páginas de la obra; su ausencia es un vacío que con nada se llena. No basta expresar convicciones profundas, no basta derramar en abundancia los afectos; es necesario que esas convicciones se presenten de tal suerte que se deje conocer que en su formacion ó conservacion se han tenido presentes las doctrinas del siglo; es indispensable que esos afectos no procedan de un corazon aislado, por tierno, por delicado que sea; sino que salgan de un corazon que aun cuando se mantenga íntegro y puro, deje entrever que se ha conservado así, á pesar de haber sufrido el soplo disolvente de la época.

Desearíamos pues que el Sr. de Berriozabal, sin disminuir en nada su piadoso fervor y tierno ascetismo, aprovechase las bellas cualidades de su talento poético, dedicándose á trabajar en el sentido indicado, é imprimiendo á sus composiciones un sello filosófico, que se hermanase con la pureza de la doctrina y la santidad de los afectos; quisiéramos que sus composiciones no sirviesen tan solo de pábulo á la devocion de las almas piadosas, sino que el tibio, el incrédulo, el indiferente, encontrasen en ellas, pensamientos fuertes que excitasen vivamente su atencion y los convidasen á meditar; afectos enérgicos, que sacudiendo hondamente su corazon, hiciesen resonar á sus oidos el zumbido de una eternidad que viene, en pos de un tiempo que pasa; quisiéramos que al encontrarse los hombres sin fe, con un escritor que la tiene tan viva, los hombres sin amor ni esperanza, con quien canta tan hermosamente los consuelos y dulzuras de un alma que espera y ama, sintiesen que el poeta al fijar sus miradas en el cielo no se olvida de las miserias de la tierra, que las conoce, que participa de ellas, que las compadece vivamente, que al despedirse para unas regiones de paz y bienandanza, dice un tierno adiós á los desgraciados que

ciegos de orgullo, ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su origen, de haber mirado cual se avanzaba hácia ellos la muerte, sin preguntar lo que habia mas allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine; quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras, para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperacion*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa excitacion, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobremanera que los amigos de la religion y de la moral salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nacion, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la miés es mucha, y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y acrisolado, su instruccion vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificación hermosa y fácil, su corazón delicado, y su fantasía galana y brillante, seria uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religion, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del país, si hemos de ser algo mas que miserables imitadores de los extranjeros, si no hemos de contentarnos con prostituir la dignidad y majestuosa

gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo. — *J. B.*

## SOBRE LA REVISTA

### DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES

DEL SEÑOR D. RAMON DE LA SAGRA.

#### ARTÍCULO 2.º

En el artículo titulado *Del principio de la soberanía nacional*, pinta el Sr. de la Sagra con negros colores los funestos resultados de la ruina del principio de la autoridad. Conviene con el mencionado escritor en que las doctrinas disolventes proclamadas en los tres últimos siglos, han acarreado á la sociedad males de la mayor trascendencia y le están preparando otros quizás mas terribles, parécenos sin embargo que hay cierta exageracion en algunas pinceladas, y que mirada la humanidad desde la altura en que se coloca el escritor, cae este en alguna inexactitud, atribuyéndole sistemas que está muy léjos de haber abrazado.

Nada mas especioso á primera vista que el modo con que desenvuelve la teoría de las mayorías, pintándola como cosa de origen moderno, debida únicamente á la ruina del principio de la autoridad, y aceptada por los pueblos como única tabla para salvarse del naufragio; pero en la realidad, ¿se han verificado las cosas tales como las describe el Sr. de la Sagra? ¿la humanidad aun considerada en su parte mas progresiva, está sometida á la formidable ley señalada por el citado escritor? Nosotros, bien